

Los Libros

NIETZSCHE DIONISIÁCO Y ASCETA, DE ENRIQUE MOLINÁ, por
Armando Bazán

Conocedor profundo de la filosofía alemana, Enrique Molina se vió tentado por el tema de Nietzsche, uno de los autores más discutidos de los tiempos modernos.

Siguiendo un procedimiento descriptivo y analítico, transcribe largos párrafos de la obra nietzscheana y poco a poco, por medio de comparaciones, cotejos y verificaciones, va haciendo surgir ante nuestros ojos la imagen del extraño filósofo, desde los tiempos de su devoción por Wagner hasta los días de franca locura que precedieron a su muerte.

«Aristócrata radical» para Jorge Brandes, «campeón del privilegio» para Bernard Shaw, «filósofo del egoísmo radical» para Hartman, «socialista» para Charles Andler, Nietzsche es para el Rector de la Universidad de Concepción un temperamento impresionable que «iba escribiendo lo que en cada minuto creía cierto», sin cuidarse de que una hora después no lo fuera ante sus mismos ojos. «Por eso ha podido decirse con razón que sus obras son como las anotaciones de un diario de su vida. De aquí también sus frecuentísimas contradicciones».

Es posible que los comentaristas de Nietzsche hayan escrito juicios más originales, observaciones más agudas, síntesis más sugestivas, definiciones más precisas; pero la verdad es

que en ningún libro como en «Nietzsche Dionisiaco y Asceta», se encontrará una agilidad más diestra del intelecto, un rigor más luminoso en el análisis razonado.

Penetrando hasta el fondo de la nebulosa nietzscheana, donde se combinan el rumor oscuro del antro, la incoherencia de la locura y el fulgor relampagueante del genio poético, el maestro Molina logra aislar, clasificar y valorar los elementos en juego para dejarlos expuestos definitivamente, bajo la luz meridiana de la verdad objetiva, a la apreciación del espectador. Al contrario de lo que hace Jasper, por ejemplo, que al penetrar en la nebulosa cierra los ojos para adivinar lo que hay allí dentro, Enrique Molina los mantiene abiertos, cargados de toda su potencia intelectual y nos dice lo que ve y observa, es decir: las contradicciones de Nietzsche, realzadas por la vehemencia misma del lenguaje. Lo que afirma o niega en sus aforismos, lo hace siempre en forma terminante, sin lugar a dudas, como si fuera su última palabra. Y cuando afirma o niega después lo contrario, lo hace con parejo ardor. Insiste a menudo nuestro autor (Nietzsche) en su condenación de la dialéctica y de los medios discursivos de prueba; la verdad se mostraría para él en la fuerza con que se la infunde; y en el Anticristo protesta de aquellos que ven en la convicción suficiente criterio de verdad. Proclama Nietzsche la importancia primordial de los instintos y por otra parte abomina de los que buscan la felicidad, que le parece propia de los adocenados liberales ingleses y de los pobres de espíritu, como si esa tendencia no partiera de lo más hondo de toda carne animada de vida y no se confundiera con los instintos. Luego veremos como entona en términos ditirámicos la alabanza de la vida. Sin embargo ha dicho: *La gota de la vida carece de significación en el inmenso océano del devenir universal. La vida en la tierra es un momento, un destello, una excepción sin consecuencias... Dios creó al hombre como un nuevo incitador para que le sirviera de entretenimiento en su demasiada larga eternidad. La naturaleza inorgánica es el propio ser en su*

infinito devenir sin engaño; la completación del hombre se alcanza confundiéndose en un haz con esta naturaleza, libertándose de la vida y volviendo a ser naturaleza muerta. No cabe nada más negativo del valor de la vida y del optimismo de que hace alarde Nietzsche y en cuyo nombre fustiga sin piedad a pesimistas, nihilistas y decadentes.

Uno de los oriflamas de Nietzsche es la «trasmutación de todos los valores» y se duele de que sean tan atacados hoy el instinto y la voluntad de tradición. *Todas las instituciones—dice—que deben a este instinto su origen, son contrarias al gusto del espíritu moderno. Se trata de desarraigar el sentido de lo tradicional y se toma la tradición como una fatalidad, de donde se sigue que informan el carácter de nuestra época.* Otro de los grandes hallazgos de Nietzsche es la «voluntad de poderío»; a su lado eleva acertadamente a la fuerza de voluntad a la categoría de rasgo fundamental del verdadero hombre; y afirma, sin embargo, más de una vez, que la voluntad no existe. En su opúsculo «Wagner en Bayreuth», Nietzsche se ha preguntado quién tendrá la grandeza de renunciar al poder por saber que el poder es malo. ¿En qué queda entonces el valor supremo de la voluntad o instinto de poderío? Zarandea Nietzsche duramente a los estoicos, a Spinoza y a Hegel porque se inclinan ante la razón de lo inevitable y necesario, y una de sus concepciones predilectas es su «amor Fati» que consiste en una sumisión completa ante el destino». Y así Enrique Molina continúa probando la inconsistencia de la obra estudiada, la falta de sentido de continuidad, sin el cual no puede darse el gran genio verdadero.

Un lector poco nutrido de cultura, al leer la obra de Nietzsche o la mayoría de los estudios que se han hecho acerca de él sale con la impresión de haber conocido algo desmedido, tal vez grandioso, pero siempre confuso, utilizable para probar o negar una misma proposición cualquiera; algo oscuro que se ilumina de vez en cuando con chispazos de genio. En cambio, esta obra, «Nietzsche Dionisiaco y Asceta», que tiene la virtud de

ordenar la confusión, de bañar en luz los más recónditos resquicios, sirve de guía infalible para el inexperto lector, y es motivo de nuevas reflexiones para los conocedores de la obra nietzscheana que, sugestionados por la engañadora elocuencia, la agitación de una fantasía poderosa, la malla brillante y huidiza de sus contradicciones, no pudieron captar su contenido esencial. Inspirado sobre todo por un gran resentimiento, el insigne tarado fué en su vida y en su obra un tremendo veleidoso, incapaz de consecuencia alguna. Pasó por la existencia como una fiera lastimada, con la garra lista para dar el zarpazo vindicativo y despiadado, ya se tratara de los grandes maestros de la humanidad—Jesucristo o Sócrates—, de sus propios maestros—Schopenhauer o Wagner—, de sus propios amigos, de su propio pueblo. Tal es la impresión que ha dejado, por lo menos en nosotros esta obra de Enrique Molina, y esto a pesar de que él, llevado por sus cristianísimos sentimientos de comprensión y compasión, nos diga al final de su estudio, que Nietzsche, en virtud de su misión heroica de escritor, estuvo «más cerca de los santos a quienes denigraba, que de los Borgia a quienes ensalzaba».



NOVELISTAS Y CUENTISTAS DE BOLIVIA, por *Leonor Cormatches Díaz-Muñoz*

A la familia Machicado Saravia,
de la Paz: recuerdo agradecido.

I. Me ha parecido que, como aprovechamiento de los inolvidables días que pasé en el Altiplano el verano último, podría hablar del relato imaginativo en Bolivia. ¿Sí?

Bueno. Comienzo, entonces.

De acuerdo con la parte correspondiente de los APUNTES de mi profesor de Literatura Hispanoamericana, el P. Alfonso